

Posesión de alma

Posesión de alma



Rafael Alonso Flores

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2026

Depósito legal: SE 3661-2026

ISBN: 979-13-7060-965-8

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Rafael Alonso Flores
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Este libro se lo dedico a mi mejor amigo Dante que en paz descanse. Sé que le encantaría verme empezando a realizar mi sueño, y sé muy bien que le gustaría la historia al ser un poco de terror / misterio, cuáles eran sus géneros favoritos en historias. Te lo dedico desde aquí hasta allá, disfruta este pequeño regalo por todas aquellas sonrisas que me sacases en mis peores momentos a pesar de tus constantes malas situaciones, sé que mis palabras te llegarán...

Capítulo 1
Una amarga y enigmática carta

Veamos… Mmmm… No sé muy bien por dónde empezar a contar la locura de vida que he tenido hasta ahora. Aunque, pensándolo detenidamente, sí sé por dónde no. Saltemos por ahora la parte en la que recién cumplía mis dieciocho años y, entre una cosa y otra, terminé llegando hasta esta situación.

Qué maravilloso regalo, ¿no?

Estar encerrado en una pequeña habitación llena de almohadas a modo de paredes, idéntica a la de un manicomio, junto a dos cadáveres y con sangre adornando cada rincón de este miserable lugar, todo debido a un asesinato cruel y sin piedad. Pero *stop*. Si comparo esto con todo lo demás que he vivido, ni siquiera sabría decir si realmente hay comparación. Tal vez sea por los constantes shocks. Ahora que lo pienso, quizá también dependa de cómo lo vea cada persona.

En fin.

Pareciera que la vida lo tuvo todo preparado para mí, justo como si se tratase de un juego. Espero que te diviertas con lo que llegue a salir de este juego tan entretenido para ti, vida mía.

Lo que nunca imaginé fue que la vida pudiera llegar a ser tan cruel con alguien de una forma tan abrupta, desgarrándolo por dentro y arrebatándole incluso las ganas de vivir. Todo comenzó a romperse más tarde, cuando descubrí esa verdad que atormentará mi existencia hasta el final. De eso es de lo único que puedo decir que estoy cien por ciento seguro, después de todo lo que he visto

y vivido hasta ahora. Aunque tampoco puedo negar que hubo buenos momentos.

Siento si me voy por las ramas o si a veces suelto cosas de la nada, pero me cuesta mantener la cordura. Intentaré escribir todo esto sin haceros perder entre detalles innecesarios o pensamientos demasiado aleatorios.

Solo espero que me alcance la sangre que estoy utilizando para escribir antes de que alguien venga a por nosotros.

«Al principio de todo», muy entrecomillado, ocurrió en una noche donde el cielo parecía desplomarse sobre la tierra, volcando toda su furia. Relámpagos rasgaban las nubes con un estruendo capaz de hacer temblar hasta los árboles más antiguos del bosque, iluminando durante apenas unos instantes por cada fogonazo un viejo edificio que el tiempo llevaba años intentando derribar, sin este ceder del todo. Frente a sus enormes puertas de madera, de entre la tierra posaba una cesta de mimbre.

Dentro dormía un niño casi mayor del tamaño que la canasta, haciendo que su cabeza llegase al filo de la dura canasta, para fortuna de él, este era ajeno al caos que rugía a su alrededor. Vestía un pequeño pijama celeste y un gorrito adornado con diminutas bolitas de encaje que recordaban a copos de nieve. Dormía profundamente entre lo que seguro eran o no pesadillas, eso pienso por sus constantes movimientos y quejidos, entre que apretaba con fuerza uno de sus puños y sus ojos, creo haber leído por algún lado que se le denomina parasomnia a este fenómeno.

Por otra parte, el pequeño ni siquiera tenía una manta que lo protegiera del aire helado, sobre él solo había un diminuto tejadillo de madera, sostenido por columnas tan viejas y desgastadas que creerían que fue un milagro que siguieran en pie. Aun así, era la única barrera entre aquel niño indefenso y el diluvio que cayó durante horas sobre su abandono.

El lugar elegido para dejarlo atrás, el orfanato Heronbreich era, sencillamente, un sitio del que cualquiera habría preferido

mantenerse lejos. La tormenta únicamente acentuaba una oscuridad que ya debió pertenecerle por derecho propio desde mucho antes. Qué absurdo todo, dicho lugar no necesitaba lluvia ni relámpagos para resultar inquietante o crear rumores. Bastaba con verlo una sola vez para comprender que allí el tiempo estaba detenido, incluso cualquiera que pasase por allá pensaría que es un lugar abandonado.

Heronbreich se alzaba oculto entre medio de un espeso bosque donde la niebla apenas abandonaba el suelo, incluso durante el día persistía con fiereza. Con el paso de los años descubrí algo que alimentó todavía más las leyendas de aquel lugar: entre aquellos árboles también se encontraba el cementerio del orfanato. Allí descansaban los niños y trabajadores que jamás volvieron a salir de Heronbreich. No es difícil imaginar qué aspecto tenía aquel bosque cuando caía la noche. Aunque, siendo sincero, de día tampoco resultaba mucho más tranquilizador, todo lo contrario, en la mañana incluso podría arrebatarte el aliento sin darte cuenta.

Los árboles eran gigantescos, grisáceos, antiguos, de troncos tan gruesos que varias personas apenas lograrían rodearlos con los brazos. Sus ramas retorcidas parecían manos deformes extendiéndose entre la niebla, mientras enormes raíces sobresalían de la tierra como si intentaran abrirse paso hacia la superficie. Algunas trepaban incluso por los propios troncos, llegando a superar la altura de 1,70. Había momentos en los que daba la sensación de que todo el bosque respiraba lentamente, esperando a que alguien cometiera el error de internarse demasiado en él.

¿Abandonar a un niño allí? Solo un monstruo sería capaz de hacerlo. Todavía hoy me cuesta comprender cómo alguien puede dejar a un bebé frente a aquellas puertas y marcharse sin mirar atrás.

El propio edificio parecía compartir el mismo destino que el bosque. Las fachadas estaban levantadas con viejas piedras cu-

biertas de musgo y tablones de madera que sobrevivían por pura obstinación. Era imposible adivinar quién lo había construido o cuánto tiempo llevaba resistiendo al paso de los años, pero resultaba evidente que había conocido tiempos mejores. Es más, me gustaría conocer al responsable de dichas catástrofes para abofetearle a base de bien.

Las deudas habían condenado al orfanato a un deterioro constante. Cada invierno arrancaba un pedazo más del edificio, fundiéndose más con el bosque que se lo tragaba poco a poco y nadie tenía los medios para repararlo, para que eso no pasase.

Por dentro la situación no era mejor. El suelo se inclinaba en algunas zonas como si la propia construcción se hubiera deformado con el tiempo. Las enormes raíces habían atravesado paredes, techos, ventanas y suelos sin encontrar resistencia, y las grietas que las raíces más pequeñas causaron se ocultaban tras muebles y cuadros, como si fingir que no existían pudiera evitar que el edificio terminara siendo tragado por la naturaleza algún día. Y, aun así, Heronbreich seguía en pie. Nadie sabía cómo. Quizá ni él mismo quería caer todavía.

En aquella fatídica noche, el desconsolado llanto del pequeño rompió de la nada, sin poder abrir sus ojos, el profundo silencio que envolvía el orfanato se derrumbó al igual que un castillo de naipes tras un soplido.

El terrible sonido despertó sobresaltada a la hermana Mary, la religiosa que había permanecido aquella noche al cuidado de todos los niños. Se incorporó de inmediato de su estrecha y poco cómoda cama, sin mostrar el más mínimo gesto de molestia. A pesar del cansancio acumulado tras toda una jornada atendiendo el orfanato, jamás permitía que eso se interpusiera entre ella y cualquiera de nosotros.

La hermana Mary rondaba los 40 años, aunque conservaba una juventud que parecía brotar de la serenidad con la que vivía cada día. Su piel era clara, lisa y delicada, apenas marcada